

Quiere dar su propia versión de los hechos que sus camaradas de armas habrían desvirtuado. Por esto, a lo largo del libro hay diversas alusiones a esas versiones "desfiguradas". En una reunión donde han de decidirse importantes asuntos y se propone persuadir a la Cámara que anule un inciso de la Constitución, porque impide el ascenso al poder de uno de los participantes, el General Arroyo dice:

...dije exactamente lo siguiente: —Nosotros estaremos en la galería para brindarte nuestro apoyo moral—. Y no, como afirma el Gordo Artajo en sus Memorias: 'Nosotros rodearemos la Cámara con nuestras tropas y obligaremos a los diputados a declarar en receso la Constitución, por improcedente' (p. 24).

Quiere, como quien dice, limpiarse de todo pecado y mostrarse como un ejemplo que, evidentemente, no fue.

De fracaso en fracaso, termina Guadalupe Arroyo por ser condenado a muerte, pero aquí sobreviene su único golpe de fortuna. Aquel desgraciado del comienzo, el perseguido que encuentra en el tren —ahora en muy buena posición— le devuelve la mano y hace fusilar a otro en su lugar:

El cadáver que salió retratado al día siguiente en los periódicos era el de un carnicero que dicen que se parecía mucho a mí. (p. 123).

Guadalupe se reúne con su familia al otro lado de la frontera, en Texas, donde —explica en el breve epílogo— pasa los ocho años más aburridos de su vida. Cuando las condiciones políticas cambian finalmente, él y otros dos deportados de su grupo regresan a México como héroes. Uno se dedica a la agricultura, otro a la política y él a su familia y al comercio. Ya los generales no eran necesarios en tanta abundancia. Dice Ibargüengoitia en una "nota explicativa para los ignorantes en materia de historia de México", que "la solución a estas anomalías —(se refiere al exceso de generales que hubo hasta 1938)— la dio la Ley de Pensiones de Retiro y la Naturaleza". (p. 125).

Jorge Ibargüengoitia ha escrito una novela breve, concisa, directa, pero, sobre todo, divertida, en una buena línea de humor, donde el adecuado manejo del lenguaje se une a la comicidad de las situaciones que el novelista ha creado.

POLI DÉLANO

AMBROSE BIERCE: LA AMARGURA Y EL DIABLO.

No son pocos los casos de escritores que muy celebrados en su propia época, han sido después parcial o totalmente olvidados, a veces para siempre, otras hasta que algún crítico o historiador de la literatura los

redescubre. Es lo que ha ocurrido con Ambrose Bierce, que "en su tiempo tuvo más renombre que el mismo Poe", según dice Horacio Achával en su prólogo a la obra de Bierce *Diccionario del Diablo*. En los textos modernos no figura (Blanckenship, Heiney, Morton D. Zabel) o apenas se le menciona de paso, como lo hace Willard Thorp¹, que dice:

... Pero estaba tan asqueado de la vida americana que se despidió de la literatura en 1909 con "The Shadow on the Dial", una colección de ensayos demoledores sobre la América de su tiempo. Tres años antes los lectores se habían molestado mucho con definiciones menckenianas de su obra "Devil's Dictionary".

Sin embargo ha sido en dos ocasiones traducido en Francia y más tarde, en 1952, Alain Bosquet lo citó como "el más brillante, el más sistemático, el más desconcertante de todos" los cultivadores del humor negro. Ahora las ediciones de Jorge Alvarez (Argentina), presentan a los lectores de habla española una versión —magníficamente ilustrada con *collages de Brascó*— de este curioso y verdaderamente desconcertante diccionario. Para comprender cabalmente la razón de su desmesurado escepticismo, de su falta de fe, de su increíble repulsión hacia el ser humano sería preciso, primero, recordar algunos hechos de su vida y luego, hacer una breve referencia a la época en que le correspondió vivir. Citamos del prólogo algunos hechos significativos:

Según parece, de aquella infancia vivida en un ambiente presuntamente sórdido, conservó un odio imperecedero para con todos los suyos, de padres abajo, sin discriminación de grado de parentesco.

El 9 de abril de 1861 se alistó como voluntario en el Ejército de la Unión. La Guerra de Secesión consolidó su ya creciente misantropía. El espectáculo de una humanidad estúpida y cruel, que echa mano de cualquier medio con tal de masacrarse con eficacia, lo estremece².

Su vida conyugal, invariablemente procelosa, culmina cuando su mujer lo abandona en 1891. Dos años antes uno de sus hijos había muerto durante una gresca crapulosa; otro moriría corroído por el alcohol.

En 1913, solo, asmático, cansado de esta vida que nunca pudo ver con buenos ojos, agotado por completo su poder de creación,

¹"La Literatura Norteamericana en el Siglo xx", págs. 17-18.

²Sus experiencias en la Guerra Civil inspiraron su libro de cuentos "Tales of Soldiers and Civilians" (1891), donde se hallan algunas de sus mejores páginas.

Bierce "el Amargo", con 71 años copiosos de desgracias pesando en sus espaldas, emprende viaje a México... Unido a las tropas de Pancho Villa se esfuma, nadie sabe cuándo ni cómo, envuelto por un misterio que le cuadra tan bien como a cualquiera de los personajes de sus relatos sobrenaturales³.

En lo que se refiere a la época en que vivió Bierce, lo fue una de muchas contradicciones. Oscar Cargill, en su obra *Intellectual America* dice que el pesimismo nace en ese país al comenzar la segunda mitad del siglo XIX. Antes de esa fecha, el carácter norteamericano se distinguía por un optimismo ilimitado. A partir de ella ocurren en rápida sucesión una serie de fenómenos que cambiarán el color del prisma a través del cual el norteamericano ve la vida. Después de la Guerra Civil las condiciones para industrializar y explotar el país están dadas. La industria crece rápidamente, se construyen millas y millas de vías férreas, se fundan nuevas ciudades y aumenta considerablemente la población de otras. En 1890 se alcanza la última frontera. Con ello termina uno de los sueños norteamericanos y sobreviene una nueva realidad: los límites físicos, el fin del espacio abierto. En este mismo año nace el primer gran monopolio, cuando John D. Rockefeller y su Standard Oil Company comienzan a demoler a todos sus pequeños competidores mediante las campañas de reducción de precios. En 1893 sobreviene una de las más grandes depresiones que ha vivido el país. Comienzan los movimientos populares en protesta contra la explotación y la tendencia abiertamente plutocrática que se ha desarrollado. Nace un nuevo partido (existían ya el Republicano y el Demócrata): el Partido Populista, que en su manifiesto da una negra visión de la realidad norteamericana. La producción industrial marcha ya a la cabeza del mundo, se produce la necesidad de expansión y el capitalismo se va transformando en el más potente imperialismo que ha existido. Y en el plano literario, oponiéndose a toda la literatura que falsea la vida, a las novelas rosas de familias, a los romances históricos, surgen algunos periodistas que se dedican a buscar y denunciar los escándalos, los negocios sucios, la corrupción. En los Estados Unidos están ya abiertas las puertas para que se vaya infiltrando cada vez más el pesimismo determinista que en las últimas décadas del siglo pasado sacudió a Europa. Al lado de estos periodistas, un grupo de escritores, artistas verdaderos, crearán una nueva literatura en los Estados Unidos. Ellos son Stephen Crane, Frank Norris, Dreiser, más tarde, y, aunque de una manera distinta, Ambrose Bierce.

Los elementos están así conjugados para que Bierce sea un amargado incurable. En efecto, la amargura es una de las esencias que destilan sus definiciones del *Diccionario del Diablo*. Las otras son escepticismo, cinis-

³Bierce escribió un volumen de cuentos —"Com Such Things be?"— en la tradición gótica de Horace Walpole y Mrs. Ann Radcliffe.

mo e ingenio. En obras anteriores se había mostrado ya como un iconoclasta, y en breves ensayos así como en artículos de periódico atacó sin clemencia a destacados ciudadanos de San Francisco. Dice Cargill que es "asombroso que en aquellos días en que el revólver y el cuchillo eran recursos rápidos, no hubiese sido asesinado". En el noveno volumen de sus obras completas llega al extremo de pintar a Jorge Washington como un borracho que "amaba la botella como si fuese un hermano" y como un seductor barato.

La amargura, su total carencia de fe en el género humano quedan de manifiesto en las siguientes definiciones, que elegimos entre muchas:

Bestia, s. Miembro de la dinastía reinante en las letras y en la vida. La tribu de los Bestias llegó con Adán, y como era numerosa y fuerte, infestó el mundo habitable.

Boda, s. Ceremonia por la que dos personas se proponen convertirse en una, una se propone convertirse en nada, y nada se propone volverse soportable.

Bruto, s. Ver marido.

Celoso, adj. Indebidamente preocupado por conservar lo que sólo se puede perder cuando no vale la pena conservarlo.

Confort, s. Estado de ánimo producido por la contemplación de la desgracia ajena.

Destino, s. Justificación del crimen de un tirano; pretexto del fracaso de un imbécil.

Egoísta, s. Persona de mal gusto, que se interesa más en sí mismo que en mí.

Espalda, s. Parte del cuerpo de un amigo que uno tiene el privilegio de contemplar en la adversidad.

Fanático, adj. Dícese del que obstinada y ardorosamente sostiene una opinión que no es la nuestra.

Felicidad, s. Sensación agradable que nace de contemplar la miseria ajena.

Fidelidad, s. Virtud que caracteriza a los que están por ser traicionados.

Prójimo, s. Aquél a quien nos está ordenado amar como a nosotros mismos, pero que hace todo lo posible para que desobedezcamos.

La nota ingeniosa de Bierce, aunque por lo general no se halla ausente de la mayoría de las definiciones, se hace patente en los ejemplos que citamos a continuación:

Almirante, s. Parte de un buque de guerra que se encarga de hablar, mientras el mascarón de proa se encarga de pensar.

Blanco, adj. Negro.

Cáñamo, s. Planta con cuya corteza fibrosa se hacen collares, que suelen usarse al aire libre en una ceremonia precedida de

oratoria; el que se pone unó de esos collares, deja de tener frío.

Centauro, s. Miembro de una raza de personas que existió antes que la división del trabajo alcanzara su grado actual de diferenciación, y que obedecían la primitiva máxima económica "A cada hombre su propio caballo". El mejor fue Quirón, que unía la sabiduría y las virtudes del caballo a la rapidez del hombre.

Entendimiento, s. Secreción cerebral que permite a quien la posee distinguir una casa de un caballo, gracias al tejado de la casa. Su naturaleza y sus leyes han sido exhaustivamente expuestas por Locke, que cabalgó en una casa, y por Kant que vivió en un caballo.

Ignorante, s. Persona desprovista de ciertos conocimientos que usted posee, y sabedora de otras cosas que usted ignora.

Lógica, s. Arte de pensar y razonar en estricta concordancia con las limitaciones e incapacidades de la comprensión humana. La base de la lógica es el silogismo, que consiste de una premisa mayor, una menor y una conclusión, por ejemplo: "Mayor": sesenta hombres pueden realizar un trabajo sesenta veces más rápido que un solo hombre.

"Menor": Un hombre puede cavar un pozo para un poste en 60 segundos.

"Conclusión": Sesenta hombres pueden cavar un pozo para un poste en un segundo.

Esto es lo que puede llamarse el silogismo matemático, con el cual, combinando lógica y matemática, obtenemos una doble certeza y somos dos veces benditos.

No faltan en el *Diccionario del Diablo* las críticas amargas e irónicas a la política, la religión y la filosofía:

Alianza, s. En política internacional, la unión de dos ladrones, cada uno de los cuales ha metido tanto la mano en el bolsillo del otro que no pueden separarse para robar a un tercero.

Cañón, s. Instrumento usado en la rectificación de las fronteras.

Elector, s. El que goza del sagrado privilegio de votar por un candidato que eligieron otros.

Filosofía, s. Camino de muchos ramales que conduce de ninguna parte a la nada.

Newtoniano, adj. Perteneciente a la filosofía del universo inventada por Newton, quien descubrió que una manzana siempre termina por caer al suelo, aunque no pudo explicar por qué. Sus sucesores y discípulos han progresado tanto, que son capaces de decir cuando.

Panteísmo, s. La doctrina de que todo es Dios, por oposición a la doctrina de que Dios es todo.

Plebiscito, s. Votación popular para establecer la voluntad del amo.

Santo, s. Pecador fallecido, revisado y editado.

Trabajo, s. Uno de los procesos por los que A adquiere bienes para B.

Wall Street, s. Símbolo de pecado expuesto a la execración de todos los demonios. Que Wall Street sea una cueva de ladrones, es una creencia con que todo ladrón fracasado sustituye su esperanza de ir al cielo.

Ni faltan tampoco algunas curiosas fobias que parecen obsesionar a Bierce. Las más frecuentes se refieren a ciertos instrumentos musicales (Bierce no parece haber sido un admirador de la música) y a los estudiantes de medicina:

Lira, s. Antiguo instrumento de tortura. Hoy la palabra se usa figuradamente con el sentido de facultad poética.

Piano, s. Utensilio de salón para domar al visitante impenitente. Se hace funcionar deprimiendo las teclas y el espíritu de los oyentes.

Rana, s. . . . La rana es una cantante diligente, de buena voz, aunque mal oído. El libreto de su ópera favorita, escrito por Aristófanes, es breve, sencillo y eficaz: brekekex-koax; la música pertenece, al parecer, al eminente compositor Richard Wagner.

Clarinete, s. Instrumento de tortura manejado por un ejecutor con algodón en los oídos. Hay dos instrumentos peores que un clarinete: dos clarinetes.

Sepulcro, s. Lugar en que se coloca a los muertos hasta que llegue el estudiante de medicina.

Hiena, s. Bestia reverenciada por algunos pueblos orientales, gracias a su costumbre de saquear los cementerios. Lo mismo hacen los estudiantes de medicina.

Ladrón de cadáveres, s. El que despoja de gusanos los sepulcros. El que provee a los médicos jóvenes lo que los médicos viejos han provisto al enterrador. La hiena.

Y podrían seguirse citando diversas vetas que se encuentran en este curioso libro. Pero es indudable que las tónicas fundamentales son la amargura y el desencanto. Las definiciones de "añeo", como un "período de trescientos sesenta y cinco desengaños" y de "realmente" como "Aparentemente. Quizá; posiblemente" nos muestran el lente oscuro y tortuoso a través del cual Ambrose Bierce vio la vida. El que lo hizo definir lo blanco como negro. Sin embargo, es imposible dejar de reconocer que este extraño hombre que a los setenta y un años fue capaz de irse a unir a las tropas de Pancho Villa dijo un sinnúmero de verdades que tienen plena vigencia, que parecen haber sido escritas hoy.

POLI DÉLANO